

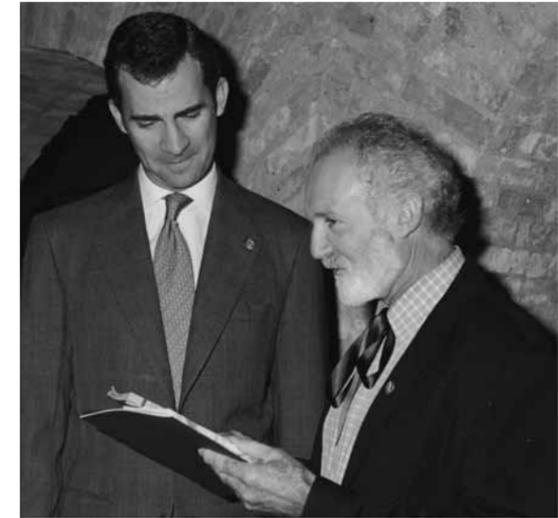
CELSE PEYROUX

LA BALADA DEL GALLO MONTÉS

El viaje fabuloso de Jovellanos por tierras de Teverga y Babia jamás contado



FORO JOVELLANOS



El autor entrega varios libros de Teverga al Príncipe D. Felipe de Borbón (Auditorio de Oviedo. 2002)

El escritor y periodista Celso Peyroux nació en la buhardilla de Las Consistoriales de San Martín de Teverga (Asturias) cuando su padre era «Maestro albañil municipal». Corría el otoño de 1944.

Cursó estudios universitarios en Francia y en España: D.U.E.L. por la Universidad de Poitiers, becado por el Gobierno francés; Diplomado por la Escuela Normal Superior de Saint Cloud (Paris); por la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid y por la Universidad de Oviedo en varias disciplinas. Fue profesor en la Alianza Francesa y docente titular en la Escuela de Turismo de Asturias en el Distrito Universitario de esta ciudad. Ha sido director de centros de vacaciones infantiles y juveniles (con la UFCV), en diferentes regiones francesas, sobre todo con niños y jóvenes marginados. Fue profesor de Estudios Turísticos relacionados con el espacio y el mundo rural y técnico en ordenación y desarrollo.

Tiene una amplia obra publicada y ha ganado varios certámenes literarios de novela, cuentos y poesía. Está en posesión de la «Insignia de Oro» del municipio asturiano de Morcín, su presencia fue solicitada para la redacción del «Anteproyecto de Ley del Patrimonio Cultural de Asturias» y ha sido Delegado por España de la «Comisión Permanente para los Itinerarios Culturales de la Asamblea de las Regiones de Europa».

Ha dado numerosas conferencias y recitales por España y el extranjero y en la actualidad –además de continuar con su obra literaria– es columnista del diario «La Nueva España» de Oviedo. Creó las aulas «Ismael Belmonte» y «Ángel González» destinadas a la lectura y creación poética para niños, jóvenes y gentes de la tercera edad en Peñascosa (Sierra de Alcaraz) cuya Biblioteca Pública lleva el nombre de su poemario «Los Clamores del Viento». Ha creado el certamen de relatos cortos «Teverga, Ventana de Asturias» y su gran proyecto es poner en marcha el Centro de Estudios Literarios y Sociales del concejo de Teverga.

Es «Hijo Adoptivo» de la Sierra de Alcaraz (Masegoso-Albacete), Cronista Oficial de Teverga y Miembro del Real Instituto de Estudios Asturianos. La minería asturiana (GRUCOMI) premió, con un «Diploma de Honor» sus méritos literarios en favor de la mina y sus gentes y es director de «Tebrigam Diligentes» (Forum para el bienestar y dignidad del ser humano, la defensa de la naturaleza, la difusión de la cultura y salvaguarda del patrimonio histórico-artístico). Es autor de un proyecto –Centro de Estudios Literarios y Sociales de la Minería Europea– para instalar en el concejo de Morcín (Asturias).

Publicaciones: Seis poemarios; tres novelas; siete cuentos y relatos; catorce ensayos –en diferentes disciplinas–; cinco guías declaradas «De Interés Turístico Nacional» y unos quince mil reportajes y artículos periodísticos.

Publicaciones del autor sobre el concejo de Teverga:

Teverga, Historia y Vida de un Concejo. (Director de Edición)

Colección «Xana de Fonfría»:

- *Sombra del camino* (Florilegio de escritores teverganos)
- *Las palabras que quedaron mudas* (Poesía popular)
- *Campanas para el recuerdo* (Cuentos teverganos)
- *La Señora del Cébrano* (Historia y textos literarios sobre el santuario)

Guías turísticas:

- *Teverga, ventana de Asturias*
- *La Calzada romana de La Mesa*
- *Piedras y sombras* (La colegiata de San Pedro y el patrimonio artístico del concejo)
- *Soñando caminos* (Guía general sobre el municipio)

Novelas:

- *La sombra de un Dios ausente*
- *Hasta que en el cielo toquen las aves*
- *Lobos de luna negra*

Poemarios:

- *Señalda na seronda* (Mino Fuenteseca y Celso Peyroux)
- *Balada para una metamorfosis con solo de avefría*

Historia:

- *Seronda roja* (La revolución obrera de octubre de 1934). Matar para seguir viviendo. (La Guerra Civil en Teverga, Babia, Somiedo y Valles del Trubia).

Artículos:

- *Los últimos druidas* (Selección de artículos publicados en el diario LA NUEVA ESPAÑA)

Imagen y sonido:

- *Memoria de la senda* (El Camín Real editado por la Productora del Principado)



Ayuntamiento de Teverga



Tebrigam Diligentes

CELSE PEYROUX



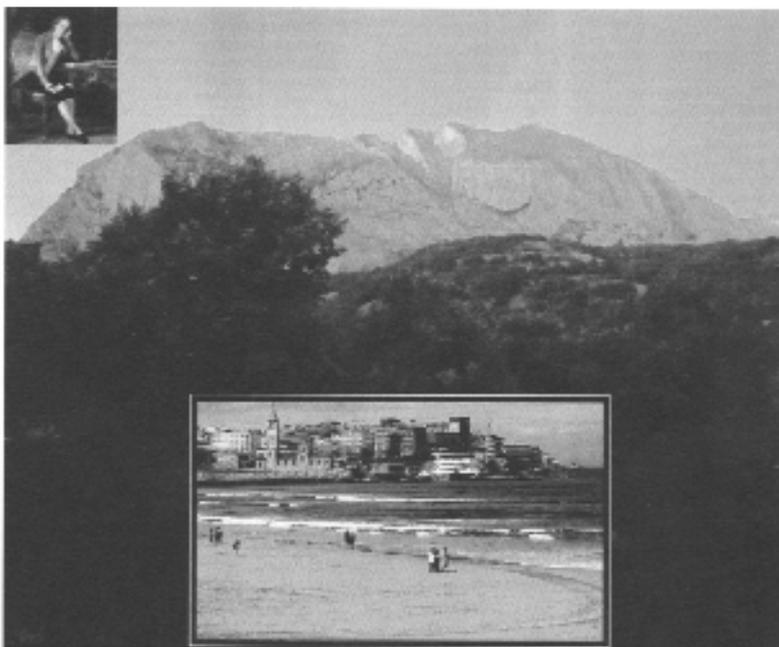
La balada del gallo montés

(Crónica inédita y apócrifa de un viaje de Jovellanos
por Las Babias y el concejo de Teberga)

© Celso Peyroux
© Ayuntamiento de Teverga (Primera edición)
Depósito legal: As. 1006-2013
Imprime: Gráficas Covadonga. Gijón

La balada del gallo montés
(Crónica inédita y apócrifa de un viaje de Jovellanos
por Las Babias y el concejo de Teberga)

CELSO PEYROUX



TEBERGA-GIJÓN
1792-2012

*...Allí, rozadas por el agua,
escribiré mis huellas en la arena.
Van a durar muy poco, ya lo sé,
nada más que un momento.
El mar nos cubrirá,
pero han de ser las huellas de un hombre
más feliz en un país más libre.*
Luis García Montero (a Jovellanos)

*Recuerdo a Jovellanos en bronce muy oscuro;
la Puerta de la Villa: pollinos y mujeres,
un ruido de almadreñas en los amaneceres
y el mar de San Lorenzo rugiendo junto al muro*
Alfonso Camín

Palabras para mi nieta Luz.
Una tevergana montaraz
entre el acebo, la flor del brezo
y la fragancia de la mar
de Gijón, donde habita.

A la memoria de mi
madre –*con quien tanto quería*–
en el décimo aniversario
de su viaje al más allá.

PROEMIO Y JUSTIFICACIÓN

Los niños de la escuela de don Arturo nada sabíamos de Gaspar Melchor de Jovellanos; nada se recogía en el volumen nº 3 de la enciclopedia “Álvarez” sobre el insigne ilustrado y polígrafo gijonés en aquel cartapacio que, por aquellos tiempos del primer lustro de los años cincuenta, incluía materias diferentes con abundantes dibujos ilustrativos. Y tampoco se nos habló a los alumnos del colegio San Pedro de Teverga sobre el autor de “Los Diarios” hasta llegar al cuarto curso del bachiller donde había una nota sucinta sobre la Ilustración y algunos de los personajes que la formaron.

Los educadores y los planteamientos pedagógicos de la época del franquismo pasaron por alto aquella epopeya de sabiduría y luces del siglo XVIII bajo los reinados de los reyes borbones Carlos III y su hijo Carlos IV y por ende de uno de sus máximas figuras. No se deseaba, tras la cruel y cruenta Guerra Civil (1936-1939), que hubiera muchas cabezas pensantes que fueran más allá de las doctrinas y formación del “Espíritu nacional” –brazo en alto con fondo azul– porque solo interesaba propagar los pensamientos “joseantonianos” y la doctrina de una Iglesia íntimamente vinculada con el Régimen.

Para conocer a este ilustrado singular -tan indispensable en la España de la época como en la de hoy- a sus coetáneos y los valores, pensamientos y principios de La Ilustración, hubieron de pasar muchos años, hasta el momento en que accedimos a estudios universitarios en este país y en el extranjero.

Poco han cambiado los tiempos en estos dos siglos abundantes. Sabrán los niños de Teverga quién es Adrián López (hijo de minero tevergano y jugador de fútbol profesional en la “primera división”); la alineación completa del Madrid o del Barça; conocerán al automovilista Fernando Alonso, al tenista Nadal y las últimas innovaciones de los teléfonos móviles, pero serán contados con los dedos de una mano aquéllos que sepan situar en tiempo, espacio, historia y literatura a Jovellanos.

Sin embargo sería tan necesario sacar de nuevo a la luz sus “luces” como indispensables son las estrellas a la noche. Sus trabajos, iniciativas, proyectos, estudios y pensamientos siguen siendo un modelo a seguir y de ellos deberían tomar buena cuenta los programas de estudios infantiles y juveniles y de forma notable los maestros y profesores. Nada más sencillo que una tarde dedicada al ilustre maestro para que, al día siguiente, como un trabajo de campo y una amena excursión, llevar al grupo de estudiantes de la clase siguiendo los pasos por la misma senda que él utilizó para sus “Diarios” y estudios haciendo del itinerario un aula de geografía, historia, botánica y lite-

ratura, entre otras disciplinas. A este respecto es plausible la iniciativa de Fundación Foro Jovellanos llevando la cultura asturiana y el espíritu “jovellanista” por numerosos colegios y escuelas de la región en un intento de que los niños y los jóvenes se acerquen y conozcan al ilustrado gijonés.

Jovellanos visitó Teverga -que él escribe con el fonema /b/- por el mes de julio de 1792 según se recoge en “Los Diarios”. Llegaba de Villasecino, en Las Babias leonesas, y por la calzada romana de La Mesa -también llamada de manera popular el “Camín Real” - se desvió, a la altura de la collada de La Magdalena, para tomar valle de La Somoza abajo hasta San Salvador de Alesga, San Martín, la Plaza, Entrago y por el puerto de Marabio terminar su itinerario tevergano por tierras de Yernes y Tameza. Su vista se perdía: “...en gran parte del concejo de Proaza y la entrada de Quirós a un lado; las vertientes que van a Riosa y Morcín, al frente y al lado; a lo lejos parte del de Grado...”

Con motivo del “Día de Jovellanos en la Feria de Muestras de Gijón”, la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias invita todos los años a un municipio asturiano a participar en los actos que se celebran en el recinto. En esta ocasión tocó en suerte y alegría al concejo tevergano, y en su cronista oficial dictar una conferencia sobre su obra y figura con el vivo deseo de estrechar lazos entre las gentes y promocionar la personalidad de Jovellanos.

Aunque, conocedores de la obra del maestro gijonés, nunca entramos en profundidad de análisis si no es por analogías de pensamientos entre los ilustrados españoles de la época y el movimiento filosófico y pedagógico expresado a través de la “Enciclopedia” desarrollada y publicada en Francia con Montesquieu, Rousseau, Danton, Voltaire... principalmente y la actualización de sus formas de ser, sentir, pensar y actuar.

Hemos considerado oportuno incorporar algunos versos, no solamente porque “la poesía es la verdad de la vida”, si no porque los poemas y canciones ilustran, de alguna forma, el viaje y son consustanciales con los eventos que se van narrando. De igual manera se van insertando pequeños pasajes y párrafos de su obra -con caracteres en cursiva y entrecuillados- que muestran sus pensamientos y lugares por los que pasa con su propia pluma.

Así pues la crónica inédita que presentamos -leída en el “Día de Jovellanos en la Feria” - no es sino una recreación apócrifa plena de fantasía de aquel viaje por el concejo de “Teberga”. Huelga decir que no obtuvimos, la licencia del maestro y muy por el contrario sí la usurpación, con alevosía pero con el mayor de los respetos, de su personalidad y de todo cuanto nos ha legado.

SALUTACIÓN

Buenos días tengan vuestras mercedes, noble y amable vecindario de las tierras de Teberga, conciudadanos de aquesta ciudad de Gijón y de las Asturias en una muy grata jornada de convivencia.

“¡Qué bueno fuera que cuando -lleno de celo y honradas intenciones- me determino a dar a luz esta crónica -venciendo los melindres del amor propio- creyese alguno que salgo con ellas al mundo sólo para lucir y ganar aplausos! Libre Dios a mis prójimos de semejante tentación, ya que el deseo de serles útil me hace caer en la de abandonar mis correspondencias privadas al riesgo de la censura pública...” (1)

Con la aquiescencia de nuestro señor y Rey don Carlos IV vengo a relatar a vuestras mercedes las aventuras y desventuras –porque de todo hay en la viña del Gran Hacedor- una crónica inédita y fabulosa que aconteció a mi persona por tierras de Las Babias leonesas y el bello, hidalgo, señorial, campesino y legendario concejo de Teberga.

Esta lectura será tanto más grata cuanto más se preste la *oreya** y lo más *llarga* mejor –al decir de lo teberganos- pues más amplias y audibles serán las ondas acústicas en el pabellón auditivo. Que lo de llevar por el mundo y ser distinguidos por los de “la oreya llarga” es un orgullo que otros no merecen y quisieran para sí. Sean dichosos con los renglones que siguen y manténganse vuestras mercedes buenos y manden.

Pues corría, señor, el año de gracia de mil setecientos y noventa y dos cuando por mayo, junto a mi ayudante de cámara Pancebo -si el vino y la sidra se lo permitían- nos pusimos a preparar el itinerario que nos llevaría por las andaduras babianas y del término municipal de Teberga.

Por julio hubo de ser cuando llegamos a Villasecino con el crepúsculo dorando Las Ubiñas y los últimos vuelos de las cigüeñas antes de ir a guarecerse en sus amplios nidos que tejen y construyen en los campanarios de las iglesias. Allí nos aguardaba don José Álvarez de la Prida, un ilustre tebergano de noble familia, que nos acompañaría un buen trecho del viaje.

Pero antes de referir a vuestras mercedes los alrededores de la casa de Lorenzana donde hallé hospitalidad y buenas querencias -y con bas-

* En las páginas 86, 87 y 88 existe una serie de notas aclaratorias y un vocabulario, *teberganu-castellano*.

tante antelación en adentrarme en territorio tebergano- vengo a pedirles licencia para abrir un abundante paréntesis pues de este inciso, obtendrán los lectores de aquesta crónica materiales reales y fabulosos para entender algunas de las curiosidades que aquí se relatan.

Llegados que fuimos, hacia el mediodía, al lugar de San Salvador de Alesga, De la Prida tomó el camino de su casa solariega de Fresnedo para allí pasar la noche en familia; Pancebo buscó con avidez un lugar de sidra donde beberse acaso un tonel si se lo permitieran, y quien así les escribe, luego de un buen almuerzo y un corto descanso, tomó el camino real que, por un bosque de castaños y un frondoso hayedo, conducía hacia el Páramo de La Fozella con un desvío al desfiladero de Estrechura donde se encontraba la denominada Cueva Huerta.

*...Mientras que se acaba el día,
sobre el nogal y el robledo
en la Cueva de Fresnedo
entra y me sirve de guía.
Habla con esa alegría
del manantial entre escajos;
no le importan los trabajos,
ni la sombra que va y viene
y sólo el paso detiene
cuando revuelan los grajos... (2)*

En aquella profunda gruta, además de sazonzarse los quesos de Fresnedo había oído contar, este servidor, que habitaba una anciana mujer llamada Celesta amante de contar historias y leyendas a los viajeros que por allí pasaban. Dicen -y de ello doy fe- que predecía los días, los años y los siglos que habrían de venir y de esta suerte se alimentó mi cuaderno de sus sabias palabras plenas de curiosidades pero no exentas de que el vaticinio que les daba pudieran muy bien acontecer. Y así hasta bien entrada la noche. El regreso me lo facilitó un plenilunio espléndido -que incendiaba los cielos- capaz de atravesar con sus rayos de plata las hojas de los bosques por donde serpenteaba el camino.

Mas volvamos -luego de este adelanto- al solar de los Lorenzana rodeado el pueblo de buenos pastizales y un hermoso molino. Habiamos cenado

de manera suave y los tres tenido un sueño reconfortante para que descansaren músculo y espíritu. Con el canto del gallo nos pusimos en marcha. Madrugó la mañana y la niebla tupida de la noche se había levantado dejando bruñir al sol los pueblos de La Majua, Genestosa, Candemuela y Torrebarrio. Ascendía hacia los cielos el blanco humo de los tejados como un hervor de cocinas recién encendidas con gromos y astillas de arce. Como una muralla infranqueable fueron apareciendo Las Ubiñas con su rosario de farallones y rocas calizas recién lavadas por la neblina. *“Se cuenta que es la cumbre más alta de España y también aseguran que se ve desde Segovia y desde muy adentro de la mar.”*

Son Las Babias un país austero, riguroso y desnudo en el invierno donde anidan las frías manos de la nieve. Así que llega la primavera ríen los prados con tonos de color esmeralda que verdeguean por las llanuras con la canción del agua cristalina. Es toda ella un sueño fabuloso como esta crónica imaginaria y virtual. Badabia, de su ancestral nombre, fue solar de recreo, ocio y concubinas de los monarcas y nobles del reino de León. Encrucijada de sendas y caminos. Voz, esta de Badabia, prendida en la tinta de sepia del viejo pergamino por donde acertaron a pasar mesnadas y cortejos, legiones y mercaderes -como hoy lo hace mi persona- cuyas huellas se pierden en la noche de los tiempos.

Y por la Babia profunda adelante, de pronto el río se precipitaba en una alegre cascada a la que llamaban el Salto del Robezo. Tenía Torrestío -el último pueblo de León al que veíamos a lo lejos- un centenar de vecinos y eran practicantes de la trashumancia con sus ganados hacia las vegas de Llanera y la costa asturiana. A la izquierda se vislumbraba un otero donde los antiguos ástures edificaron un castro. Pancebo barruntaba el vino -como quien les habla huele la bruma de la mar- y apresuró el paso para beber una buena jarra en casa del ventero al que llamaban Cesáreo, el Parrondio.

“En el pueblo estaban los vecinos de sextaferia trabajando poco y mal, para dejar el camino peor de lo que estaba y además perdiendo su precioso tiempo.” Cuan necesaria es una reforma del campo y de sus estructuras. Heme aquí que desde el pasado año trabajo sin descanso en el “Informe sobre la Ley Agraria” y al menos un lustro ha de llevarme antes de darse por concluido. Luego a saber de qué suerte es acogido con los obstáculos inquisitoriales hacia el trabajo y mi persona.

“...Si las leyes para favorecer la agricultura deben reducirse a proteger el interés particular de sus agentes, y si el único medio de proteger este interés es remover los

estorbos que se oponen a la tendencia y movimiento natural de su acción, nada puede ser tan importante como indagar cuáles sean estos estorbos y fijar su conocimiento..."

Y luego de abrevarse el bueno de Pancebo y haber sesteado a la sombra de los álamos de un arroyo, comenzamos la ascensión por el Valle de Las Partidas. "*Subida larga, harto suave y accesible a carros.*" A la izquierda las crestas de Los BÍgaros; del otro lado Valbarán, Valverde y La Farrapona. Ya en la cima de la calzada, La Mesa, así denominada por tratarse de una vasta llanura. Aquí dejamos Las Babias con la hermosa panorámica de Las Ubiñas y entramos en las Asturias por el concejo de Somiedo para ir llanando todo el cordal por lo que fuera una vía astur. Los sutiles ingenieros romanos la restauraron en tiempos de Augusto para el paso de sus legiones al igual que se hiciera con La Carisa y otras sendas. Si los romanos dominaban las cumbres, invadirían las tierras del Norte, como así fue. Senda ésta que llegaba hasta Noega, es decir nuestra villa de Gijón y enlazaba por el sur con la Ruta de la Plata hasta Sevilla por Emérita Augusta.

La venta de La Mesa -perteneciente al lugar de Saliencia- era sólo para arriería y no tenía comodidad alguna. Allí pasaríamos la noche y que fuera lo que Dios hubiera querido. Después de una cena austera le pedí a Pancebo que bebiera poco, pues se me antojaba que la jornada del día siguiente habría de ser poco piadosa con nuestros pies. Con un candil para guiarme al regreso, emprendí en solitario la subida a una ladera terminada en un altozano de cumbre redonda a la que llamaban La Camarina.

Aquella noche había magia entre sus sombras y me senté de cara al Norte para sentir la brisa de la mar, el murmullo de las olas y allá mi tierra natal en un perenne recuerdo. La Polar estaba vertiendo todo su magnetismo sobre Gijón y la añoranza de los míos hacía que los efluvios acudieran a los ojos que cerraba con suavidad para mejor concentrar el alma y apreciar con ambrosía los sonidos nocturnos y las palabras del viento. ¡Qué gran misterio es este de la noche! Como la vida misma. En el muelle cimbreaban los cordajes y amarras de goletas y bergantines; la gente se había recogido y por Corrida y San Antonio solo se veían algunos transeúntes; en el cerro de Santa Catalina los cañones dormitaban sus bocas de guerra porque no hay más armonía para el ser humano que la paz perpetua; la brisa marina, grata y suave, hacía que por El Humedal, San Lorenzo y el Arenal hubiera grupos de gentes charlando animadamente mientras las olas se rompían con dulzura y delicadeza extendiendo sus encajes sobre

la playa; en la arboleda de La Estrella dormían las hojas y sus habitantes alados; la Fontica cantaba con su agua de ruiseñor y al fondo brillaban a la luna los pastizales de Somió. Desde Deba y sus alquerías llegaba una hermosa balada que mecían cuerpo y alma invitando a ambos a subir por la secreta escala hacia la dicha etérea y lo sublime. Como si la razón enmudeciera y el corazón solo sintiese las arrebatadas impresiones de este bienestar halagüeño:

*Vas y vienes por mi vida
Como la mar por la playa,
Que unas veces se desmaya
y otras ruge enfurecida.
¿Para qué, si al fin rendida,
De nuevo a mis brazos corres?
Mejor que la fuerza ahorres
y apacigües el rugido.
¡Ni el Cantábrico ha podido
vencer al Cabo de Torres! (3)*

Todo era un cántico sobre mi amada ciudad. Mi hogar. Mi refugio. Solar este mío sin parangón alguno. Me venía al recuerdo la llegada a la mansión donde me aguardaban mis padres y hermanos luego de largos años de estancia entre el embrujo y los jazmines de Sevilla en una misiva dirigida a un gran amigo hace de esto diez años:

“¡Ya estoy en casa! La alegría de todos los que me esperaban, y sobre todo de mi buena madre, ha sido inmensa. La mía -saben vuesas mercedes- que la mayor de todas. Después de tantos años de ausencia, volver a pisar el umbral de este viejo caserón ha sido como un bálsamo para mí. ¡Y qué regocijo en todos mis parientes y amigos! Vinieron a visitarme y a agasajarme, me regalaron, comimos, charlamos, jugamos, reímos, todo en perfecta y santa paz. (...)

Usted sabe que esta es una pequeña población, dividida en dos partes fundamentales: Cimadevilla y Bajodevilla, ambas entre playas y continuamente azotadas por los vientos y las arenas. Sabe, porque hemos tenido la feliz oportunidad de recorrerlo juntos, que el extenso y hermoso arenal de San Lorenzo es tan grandioso como incómodo para la villa, pues las dunas, que se extienden hasta tierra adentro, hacen muy difícil la vida de mis pobres paisanos, obligados a luchar con

todas sus fuerzas con ellas. Y hemos hablado muchas veces de que Gijón se halla hoy día en situación de aumentar considerablemente su comercio y su industria y, por tanto, su población.”

A la mañana siguiente, una sinfonía de balidos, esquilas y ladridos me despertaron y asomado a un ventanuco pude contemplar cientos de merinas por la llanura y las laderas. Pastaban en apretada grey, mientras los mastines incorporaban a los corderos saltarines a la comunidad. Eran reses de la trashumancia pertenecientes al conde de la Oliva que a principios de otoño pasaban el invierno en los encinares allá en tierras extremeñas y tal como cantaba Pancebo -con un odre de vino en la tripa- se extendió la balada entre urces y brezos:

*Ya se van los pastores
a la Extremadura;
ya se queda la sierra
triste y oscura.*

*Ya se van los pastores
para la majada;
ya se queda la sierra
triste y callada.*

*Ya se van los pastores,
ya se van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando.*

Comenzaba un descenso suave hacia la Fuente de Los Güesos. Detrás de Los Bigaros, los lagos de Camayor con un misterio entre sus aguas y por levante La Ferreirúa, la majada de las Navariegas y la cascada de Los Xiblos. Me contaban que el algodón de sus entrañas se precipitaba a un vacío de más de doscientos pies de altura y que sus aguas silbaban en la caída como lo hace la nutria a orillas de un río.

Los vuelos albos y apacibles de las cigüeñas habían cambiado por los de los alimoches que por aquellos altos les llaman *zapiqueras*. Vienen desde los desiertos de Egipto y contaban los lugareños que el patriarca de la bandada traía, un año con otro, una rosa de las dunas entre sus patas. También apunté como curiosidad que la soltaban desde los cielos sobre el

vecino más pobre y humilde para desearle suerte. Hubo quien aseguraba que la flor del desierto era en pago de un tributo por los meses que pasaban por aquellos montes comiendo las reses muertas. En los montes de Pollarés unas aves y otras se mudarán por las del urogallo que dicen que es el ave más vistosa de los bosques septentrionales.

Camino adelante llegaba la senda a la *braña* de La Mesa (que es majada de los ganaderos de Saliencia) con un amplio número de cabañas circulares de piedra a las que los lugareños llamaban *corros*.

La Fontana de Paraxinas era parada obligatoria para cualquier caminante que gustara de la belleza y quisiera sentir cómo la beldad corría por sus venas por aquello de que su contemplación produce un placer espiritual inmediato, al decir del Santo de Aquino.

Siempre he tenido a bien no conformarme con la primera vista. Por ello, cuando de manera pausada dirigí por segunda mano la mirada a los profundos valles de Teberga, quedéme obnubilado de cuanto mis ojos estaban viendo. Cuasi tan sorprendido como cuando regresaba a mi Gijón del alma. Un rosario de montañas formaba bellos farallones desde Las Ubiñas hasta la Peña Sobia. “...*Aquellas elevadísimas rocas, monumentos venerables del tiempo que recuerdan las primeras edades del mundo, al paso que ofrecen a la vista un espectáculo grande, raro y en cierto modo magnífico, llenan el espíritu de ideas sublimes y profundas, le ensanchan, le engrandecen y arrebatan a la contemplación de las maravillas de la creación...*”: (4).

Dícese que el vocablo Sobia viene del dios Júpiter y no es de sorprenderse ante la morfología que presenta la piedra como un verdadero altar destinado al *pater deorum et hominum*. Quebrada en su mitad por el sílex de la divinidad de los romanos toma la forma de los pechos de una mujer para ensalzar el ara del fuego sagrado:

...*Dime, Sobia, dende tou alta Siel.la*
¿Aún cocheréi flores
que mieu alma guarde siempre cun el.la,
que nun pierdan colores
ni desfuechen dolores?... (5)

Antes de emprender el camino, con Pancebo medio dormido -por la resaca del buen vino de Toro- nos acercamos a lo que llaman el Muro.

Dícese que lo construyeron los ástures para defenderse del Imperio romano. Tal vez el nombre de Teberga proceda de este lugar con los vocablos: “Teut”>poblado y “briga”>fortificación. Mas para definir esta hipótesis es menester hilar más fino y doctores hay que entienden de estas disciplinas. (6)

Cuando todo estaba preparado para emprender el viaje llegó a la fontana para el aseo matinal un pastor de edad avanzada vestido de pieles, largo callado corvo, greñas de varios lustros y barba que le llegaba al pecho. Al principio me produjo una incómoda sensación al considerar aquel sujeto, más pronto descubrí que no era portador de malas intenciones. Parecía un anciano druida. Tal vez el último de aquella sabia estirpe.

Tenía un hato de ovejas y dos perros de poca alcornia. Luego de beber de manera abundante en la fontana, comenzó a relatarnos el sacro lugar que estábamos pisando y lo que en él había acontecido. Y sin darnos tiempo a respirar, de un salto felino se encaramó en lo alto de la pared y desde allí nos soltó una arenga con tal énfasis que bien parecía que estaba viviendo el fragor de un combate:

- “Allí, ¿lo ven vuestas mercedes? -exclamó con voz estremecida blandiendo el bastón- entre la fontana y el muro que corre cuesta arriba se aprestaron los nuestros a guarecerse del bárbaro invasor construyendo esta muralla a cal y canto para la última defensa. Primero asedio, hambre y luego lucha, sucumbieron como bravos guerreros. Quienes no perecieron en el combate a lanza y daga buscaron la muerte voluntaria en la amanita y las bayas del venerado tejo de igual modo y manera que lo hiciera el pueblo numantino para no ser esclavos del Imperio. Porque la libertad es el don máspreciado del hombre. Dicen los más ancianos del lugar que florece todo el año una rosa silvestre evocando su memoria. Le di las gracias por tan loable y certero discurso y el druida, reuniendo al ganado nos acompañó durante un trecho del camino.

Describía la senda más adelante amplia curva de ballesta tal y como hace el Duero por tierras sorianas y obligado estaba a cruzar entre dos peñascos que le cerraban el paso. Llámánle a este lugar “La Cuandia la Mucher” y sobre este paraje hay una historia o leyenda que no quisiera pasar de largo. Fue un bello relato que me contó el druida poniendo en sus palabras una dulzura inusitada. Confieso a vuestas mercedes que bien parecía que aquel hombre hubiera asistido a las escenas de arte dra-

mático, a cátedra de lengua y maestro de esgrima para ser comediante de Lope o Calderón. Les daré a vuestas mercedes cumplida narración del relato en su esencia más adelante si Pancebo no me entorpece como lo hace casi siempre:

-Mi amo, ¿no le parece el pastor a vuesa merced -me preguntó- un poco estrafalario?

-Pancebo, ya te tengo dicho que en mi casa no hay servidumbre. Todos somos iguales. Solo que a unos -como sucede a tu persona- gustan del vino y de la sidra en cantidades. Deberías de ser más respetuoso y comedido.

-Perdón, don Gaspar decía que el pastor...

-Ya, ya te he comprendido. Pues no, Pancebo. Hay mucho que aprender de la gente montaraz que tiene por techo a las estrellas.

En el campo de La Magdalena dejamos la senda y emprendimos la bajada hacia El valle de La Somoza. En el otro valle los pueblos de Saliencia, Éndriga y Arbeyales y al lado del camino, no muy bien cuidada, la ermita de Maria de Magdala. La calzada en sí, seguía llaneando por terrenos cumbreños cruzando La Sedernia, Piedrajueves, Cueiro y Lodoso o Lutos, lugar donde el rey Alfonso II, el Casto infringió severa derrota al príncipe sarraceno Abdal Malik Mugait. Corría el año del Señor del 794.

Nos fue fácil topar el camino de Fonfría. De entre las aceberas y los piornos llegaba una bella tonada cantada con fuerza y armonía por la voz de un hombre:

*Vou pol camín de Fonfría
pa mucir a las mias vacas
colanun en la nublina
pur la calzada romana.
Nel cimeiru Penanegra
vou l.levantar una torre
cun un l.letreiro que diga:
¡Puxa Barriu, Cuña y Torce ! (7)*

A la balada bien entonada se unía el texto de la letra vernácula que, de manera global, entendí. En la *braña* me dijeron que se trataba de José, el

de Leandro, mozo del lugar de Cansinos que apacentaba su ganado por la majada y que su familia era toda un coro de jilgueros y zorzales.

Gélida y cristalina estaba el agua de la fontana que manaba de manera abundante y con ella apaciguamos la sed. Dijéronme que por San Juan, cuando se le quita a la fuente la flor del agua, los mozos más tempraneros ven a las *xanas* peinando sus blondas cabelleras con cepillos de oro. Está situada la *braña* en el medio de unos pastizales y la componen una veintena de cabañas semejanteras a las pallozas con techo vegetal que llaman *teitu*.

Había en la *braña* un ganadero que nos ofreció su *cabanu* y en el nos instalamos como mejor pudimos. Se llamaba Tino Redral y era hombre ameno y generoso. Por la noche nos invitaría a cenar y presto se dispuso a preparar dos camastros con jergones de hoja de maíz y mantas zamoranas un poco raídas.

Recorrimos la majada, hablamos con los *brañeiros*, tomando notas aquí y acullá de relatos, anécdotas, los puntos geográficos hasta donde alcanzaba la vista y los nombres de los útiles y aperos que utilizaban a diario: *esparba, garabatu, forcada, cibiel.la, gabitu, xunca, gadañu, carriel.la, ...* Apuntes y anécdotas que muy bien habrían de venir a mi hermana Josefa para sus cuentos y poemas escritos en asturiano y sobre todo poner un ápice de gozo a una vida tan desdichada. ¡Pobre hermana mía! ¡Tan sensible y llena de fantasías para escribir versos con algunas ironías cariñosas hacia el “...mio queridu Gasparucu...”:

*...Fexo otres mil prevesures
andando d'un llau pa utru
per tudu isti Princuipau,
arobalgando los murios
por ller unus garabatos
qu'allá dexaron los turcos...”*

Y en estas que Tino Redral nos avisa para la cena. No habrían de ser más de las ocho y no como nos tienen acostumbrados nuestros perezosos cortesanos que lo hacen cuando la luna está subida en lo más alto del cielo señalando la mitad de su carrera luminosa. Nos sentamos ante un humeante puchero colgado de unas *pregancias* donde unas sabrosas sopas de ajo

y un huevo escalfado, servidos en una *escudiel.la* y cuchara de madera, nos iba a dejar *ensuchos*, es decir, satisfechos.

Un nuevo ganadero se había unido al grupo. Se llamaba Herminio Campa y tenía una gracia sin par contando temas cinegéticos y sus encuentros con el oso. Pero sus chanzas se centraban con los señores del lugar y de forma notable con el párroco de La Somoza al que llamaban don Eladio: ganadero, cazador, comerciante y mujeriego del que habría para llenar decenas de pergaminos.

Entre bromas y el delicioso caldo, Tino Redral volvió a referirme, con alguna variante, la leyenda de la moza que nos había contado con esmerada dulzura el druida de la fontana de Paraxinas. Y sin más, así la refiero a vuestas mercedes por la promesa adquirida:

“Pues señor, cuenta la leyenda -entre las luchas que sostuvieron moros y cristianos a lo largo y ancho del Camino Real- que en una ocasión se habían parapetado los sarracenos en la collada del El Muro aprovechando la fortificación a la espera de una comitiva de guerreros cristianos que se dirigía a Castilla. Acertó a pasar por el lugar una pastora que apacentando por aquellos andurriales un pequeño rebaño de corderos, la llevaban sus pasos al Campo de la Magdalena. Salió al paso uno de los moros que estaban al acecho haciéndole saber, con duras amenazas, que si descubría su presencia a los cristianos le darían muerte cruel y lenta. No se arredró la zagala ante las palabras del feroz guerrero y, en la curva de ballesta, he aquí que se encuentra con la columna cristiana a la que comunicó la traición que les esperaba. Dividiéronse en varios grupos los cristianos y con la caída de la noche sorprendieron a los árabes no dejando de ellos más que un charco de sangre. Buscaron al día siguiente los cristianos a la pastora para premiar su valentía, pero no hallándola por lugar alguno decidieron llamar, desde entonces, a aquel paraje la “Cuendia la Mucher”, esto es “La mujer del paso entre las rocas”. Nunca más se supo de la zagala y hay quien asegura que había sido Santa María Magdalena -la amiga del Nazareno- quien se había vestido de pastora para salvar a los cristianos de la muerte.” (8)

Vencidos mis contertulios por el sueño, al amor de la lumbre, solicité a Tino Redral un candil y me alejé de la majada hasta un cerro que me dejó al descubierto todo el valle y Sobia plateada por la luna. Las estrellas todas en su sitio con Deneb, Altair, Vega y el Camino de Santiago en todo

su esplendor. Tomé asiento sobre un matojo de brezos y, una vez más, se me escapó el alma hasta Gijón sintiendo cómo las olas del promontorio de Peñarrubia latían en mis venas. Oía la mar como si tuviera una cesta de “oricios” en mis manos. Amaba a mi villa y a mis gentes y por ella haría todo hasta llegado el día en que me llamaran del arcano.

Me dijo Celesta que había oído ruido de cadenas en mi vida, visto un canasto de manzanas amargas y una reja con sombras y sin sol. Si fuera así, mejor sería disfrutar con priesa de noches como aquella y de todo cuanto me ofrecen los míos entre estudios, diarios, proyectos, lectura y la brisa de la mar antes que se quiebren los sueños y se me muera el tiempo entre las manos.

Placentero me hallaba de escuchar las gentes del lugar con sus formas de hablar y la exposición que hacían de cuentos y leyendas. No solía ocurrirme con frecuencia en mis viajes. Primero hubo de ser el druida de Paraxinas cargado de vehemencia y patriotismo y, luego, Tino Redral y los demás *brañeiros* que me ensancharon las luces del saber popular a través de la palabra.

Un día se hizo el verbo y el hombre pudo comunicarse con sus semejantes. La palabra humana transformada en verso, por vez primera, cuando Adán, a la sombra de una palmera, le dijo a nuestra madre:

*Tú eres amor mío,
carne de mi carne.*

Y más milenios después, cuentan que Fedro -bajo la tutela de Platón y en su diálogo con Sócrates- acertó a escribir sobre la arena de una playa del Egeo los sonidos humanos, bajo forma de signos, con estos versos:

*...Tâl como el lobo a la cordera
ama el amante a la doncella...*

Salomón en el Cantar de los Cantares, mientras acariciaba la piel de la reina de Saba tendida en una cama:

*...He aquí que eres hermosa.
Tus ojos son como palomas
detrás de tu velo...*

Cristo a la samaritana ante el pozo de Jacob en el soliloquio sensual de una mujer y un hombre frente a frente:

Tè daría a beber el agua de la vida

La súplica del centurión a Cristo: ... *Y una palabra tuya bastará para sanarme.*

La palabra en prosa o la palabra en verso. Pero siempre la palabra. Desde entonces, la palabra escrita sobre tablillas de cera, papiros y pergaminos con punzones, cálamos y plumas de ave fue la transmisora de la historia, los acontecimientos y el sonido hecho verso a través de los siglos hasta nuestros días.

Era un bello amanecer de mediados julio levantándose el sol por las cumbres de Sobia. Ya poblaban los *brañeiros* la majada con sus labores cotidianas y había en el aire una sinfonía de mugidos, relinchos y balidos. Dadas las gracias a Tino Redral, se prestó como acompañante y de manera generosa Herminio Campa para aminorar con su gracia y desparpajo, el tormento que me esperaba por la senda que habría de emprender. Cierto es que “...*nadie mejor que él sabía sostener en la conversación aquel tono zumbón y ligero que tanto la sazona y hace tan dulces y agradables las compañías...*” (9)

Comenzamos “...*a bajar el peor camino que pasé en mi vida. Lo que más me incomoda es la grande altura por donde se va y el enorme precipicio que hay a la derecha. La bajada es cruel por la peña viva arenisca, en vueltas y revueltas, tomadas por una senda estrechísima*”. A pique estuve, en más de una ocasión, de terminar con mis huesos en el suelo. “*Y después de mil afanes se llega al lugar de Barrio...*”.

Llegados al arroyo La Rama, Herminio nos condujo por un sendero y nos invitó a guardar silencio. Nos adentramos en la frondosidad de un hayedo y nos pidió que nos quedáramos clavados como estatuas de piedra. Al momento se paró, como si hubiera tenido el oso de Fruela ante sí, y llevándose el índice de una mano a la oreja nos invitó a escuchar los ruidos de la aurora.

De manera taimada y casi sin pisar el suelo se acercó y me dijo: “El gal.lu montés”. Enseguida comprendí que se trataba del urogallo y que aquella iba a ser la primera y quizás única vez en la vida que escucharía su requiebro de amor. Tenía que aprovechar la ocasión y tomar buena nota

en mis mientes de cuanto fuera ocurriendo para no perderme el canto, el cortejo y la parada nupcial.

De su verdadero nombre zoológico “Tetrao urogallus”, las gentes del lugar le decían el “gal.lu montés”; a mi me gusta más este apelativo popular como todas la voces que ya quedan enunciadas. Tal ocurre con el “melandro” por el tejón; el “esbardo” por una cría de oso; el “xabaril” por el jabalí; la “papalbina” por la comadreja; la “curuxa” por la lechuza... y así toda una retahíla de bellos vocablos en la lengua vernácula.

Habían llegado puntuales los tiempos de los amoríos a los cantaderos y el bosque era una romería. De pronto, con el primer albor, se encaramó un ejemplar soberbio en lo más alto de la enramada. Presentaba aquel hermoso individuo un traje de luces de azul metálico con adornos en la cabeza más rojos que un pimiento morrón. Se subía a lo más alto del árbol para que su balada fuera mejor escuchada. También lo hacía para desafiar a otros machos; defender su territorio y poder ser mejor visto por las hembras que pasaban volando muy cerca de la tarima donde el solista enamorado daba muestras de lo mejor que tenía para obnubilar a las novias. Claro que también las hembras elegían al mejor galán y al óptimo cantor como padre de sus hijos. Buenas son las hembras para no preocuparse de la especie. Y de ellas mismas. Hermoso. Magnífico. Viril. Entrañable. Me quedé prendado ante tanta belleza. La beldad seguro que nació también en una aurora semejante hace millones de años. Cuatro o cinco “castañoleos” -como Herminio llamaba a aquel chasquido del pico- y ya al final una especie de gorjeo sublime y con un registro bien distinto al de los comienzos de la partitura. El ave bien aferrada a la rama, se erguía cuanto más podía y levantaba su cuello -como lo hace el ciervo cuando brama- mientras la cola se abría en semicírculo tal fuera el abanico de una geisha. Desplazábase un poco por la rama moviéndose hacia un lado y otro, cerraba un poco la cola y, momentos después, vuelta a empezar con su requiebro amoroso. Todo era un feroz enamoramiento. Como “...cuando la razón enmudece y el corazón solo siente las arrebatadas impresiones de esta pasión halagüeña...”.(10) Cuando el tenor cantaba se le venía el mundo encima y nada ni nadie, ni siquiera un trueno, podría despertarlo del hechizo. Así hubo cazadores que lo abatían de forma malévola y traidora, mientras el ave, absorta y en el país de Las Babias, entonaba su balada de amor.

Más de una hora había durado el sortilegio. Con el sol iluminando las frondas el ave voló pesadamente hasta la hojarasca del sotobosque

donde algunas hembras parduscas y feas le estaban esperando para aparearse.

Asistía todos los años Herminio a su cortejo, -me bajó detallando camino abajo- luego que llegaba el mes de junio, no con intención de cazarlos, sino para escuchar y ver el prodigio de uno de los más bellos y viriles galanteos que un macho apasionado puede procurar a una hembra. Los lugares del cortejo, de año en año, eran siempre en el mismo haya o en otros árboles situados a pocos pasos de distancia. Así fue toda la vida y de esta suerte se transmitía de padres a hijos, de igual manera que los osos se desplazan por las mismas sendas y reconocen las oseras donde pasar el invierno. No hay ni libros, ni manuales, ni hitos, ni mojones. No necesitan más que de su instinto, jerarquía, prudencia y respeto para seguir las leyes del bosque, caminar y vivir entre sus helechos, musgos, arándanos, urces, troncos y ramas. Y si no es así, Busgosu -la divinidad de las frondas- los llama al orden con rapidez para actuar de juez y poner a cada uno en el sitio que le corresponde.

La víspera visitaba el lugar en busca de los excrementos en espiral que mostraban la rama donde solía pavonearse el ave. Luego de un rato ya localizado, de manera virtual, sobre la hojarasca y con la ayuda de un palo de avellano iba limpiando, con el mayor de los sigilos, la vereda de ramas caídas y de hojas para evitar los ruidos que pudieran hacer sus pies cuando llegara el alba.

En silencio, comenzaba Herminio a caminar con el primer canto, y con las manos libres para poder asirse mejor a los troncos de las hayas y a otros arbustos. Caminaba despacio hasta colocarse a unos veinte pasos donde ya el canto se presentaba más audible y allí se quedaba como la mujer de Lot convertido en una estatua de sal. Se hacía imperativo dejar que el ave comenzara siempre el ritual: primero un aviso -como el sonido seco y ronco que deja una castañuela- para, a un breve intervalo, producirse el segundo, un tercero y a veces un cuarto antes de dar comienzo al gorgojo. La mejor forma de ir acercándose al ave era la de quedarse como un tronco clavado, sin proferir el menor ruido. Cuando comenzaba la balada sublime se trataba de dar cinco o seis zancadas; esto es, el tiempo que duraba el requiebro. Cuando llegaba hasta unos cinco pasos del haya donde cantaba el ave se quedaba de piedra hasta las primeras luces de la amanecida para gozar del animal en todo su esplendor. A un nuevo canto

se sentaba y allí permanecía hasta que los rayos del sol aparecían por encima Sobia.

Era Herminio más que cazador un alimañero y sabía tanto de la vida en el bosque y de sus animales como los ensayos botánicos y cinegéticos de Emilio Rousseau: osos, ginetas, ciervos, corzos, tejones, jabalíes, zorros y hasta lobos no albergaban secreto alguno para él. Empero Herminio Campa era una especie de gaceta vecinal proclive a los sucesos de la comunidad y gozaba contando chismes, habladurías y enredos de sus semejantes a cuyos relatos ponía una dosis de buena ironía y sacaba una moraleja al final:

-Don Gaspar -me dice- hay dos mucheres sayando maizos nun cortinal engafentadas ya riñendo a l'alto la l.leva.

¿Y qué paso, buen hombre?

-Pues q'una diz-l.li a la outra: ¡Vou l.lamate lu que nunca naide te l.lamou!

-¿El quei, pécora? ¿Qué me vas l.lamar?

-¡Honrada! ¡Mas que honrada! (11)

Y así durante toda la bajada con anécdotas para llenar un cuaderno de cien páginas. Agradecimiento afectuoso al amable y gracioso vecino delante de la iglesia de Barrio, que se encuentra a la salida del pueblo. Pero antes de separarnos y a modo de despedida:

-Al.lá va la postrreira, don Gaspar -me dice de manera jocosa-. L'outru vranu asomou lus cuernus el Nubeiru pur enriba l'Aguil cun una bona carga d'agua. Taba don Eladio nel prau de La Pandiel.la, cun las faldas bien enremangadas hasta la cintura pañando yerba con xente del pueblu. N'estas que vei la umbada que l.lis iba a espetar, ya sin mas empicipiou a vocinglar: "¡Hala, hala! ¡Lus nenus ya lus homes cun forcones ya esparbas cun el.la hasta'l boqueirón. ¡Las mucheres ya you a brazaus dientru'l pachar! (12)

Comenzamos a bajar un camino que se presentaba más generoso para nuestros pies. En el otro Valle quedaba Torce y a nuestra izquierda el pueblo hidalgo de Cuña con su casa blasonada en cuyo escudo, me contó Herminio Campa que, se leía: "El Somoça con la maça/ con los moros se embelena/ muchos d'ellos despedaçá/ las doncellas desempena".

Noche en San Salvador de Alesga. Con la madrugada ya nos estaba esperando don José Álvarez de la Prida que es sujeto instruido. La anciana Celesta me refirió que de esta familia vendría el primer Diputado a Cortes que daría Teberga en el primer tercio del siglo XX (13) y que tendría hijos

e hijas de mucho saber. Uno de ellos, poeta sensible que dentro de muchos años y un día habrán de quebrarle la vida:

*...El lejano horizonte se ha perdido
en el poema azul de la alborada
que preludia el allegro de la vida.
Hay perfume de huerto florecido
y una emoción humilde y delicada
entra en el pecho y en el alma anida. (14)*

Rápida visita al castillo del bajo medioevo del que se conservaban, a duras penas, un pedazo de la torre, dos de las cortinas y un cubo.

Hacia el sur nos había quedado el concejo de Páramo de la Fozella que gozó hasta el 1783 del Privilegio de Bermudo III con escudo y lema: "Oh cuan bien lo hizo Bellido con la su espada en la mano". En la falda de Sobía se situaba Carrea y muy cerca el renombrado santuario del Cébrano con advocación a la Virgen María. Todos los años los teberganos le ofrendan el "ramo" (roscas de pan de trigo o escanda elaboradas con fina repostería), flores y cánticos:

*...Virgen del Cébrano hermosa
en dolor y en alegría
en temores y esperanzas
ampáranos Madre mía,
Virgen del Cébrano hermosa
Sagrada Virgen María,
Virgen de la peña blanca,
Virgen de la calderina...(15)*

Por la ladera se iban esparciendo los pueblos de Berrueño, Sobrevilla y Monteciello; nosotros cruzamos Riello, con Cuañana a poca distancia y por unas amplias y fértiles vegas llegamos a San Martín de Las Arenas. Aquí terminaba Valdesampedo que corría desde Peñaviguera hasta este lugar, mientras Valdecarzana se abría hacia el puerto de San Lorenzo -enlazando con la vía romana que traíamos- con pueblos importantes como La Torre y Villanueva con su templo románico. Por la

otra vertiente se encontraba el valle de Santibáñez que bajaba desde Taja a Entrago.

Nos recibió, ya bien entrada la tarde, don Carlos David de La Muria y Salcedo en su mansión palaciega de amplios soportales y soleados corredores. Mientras llegaba la cena nuestro anfitrión nos mostró su bella casa con adornos llegados de ultramar. Cena de vacuno con abundancia de especias, truchas con jamón, buen vino de León y queso de la casa con la compañía de las fuerzas vivas del concejo; unas veinte personas habríamos de ser. La velada continuó en un “salón nobile”, es decir el estrado donde tenían lugar las funciones de sociedad y regocijo, con un licor y la belleza y dulzura de una de sus hijas. Angelina, que así se llamaba, era la primogénita y se había ataviado para la ocasión con un precioso vestido de raso azul turquesa con encajes blancos y un “foulard” al cuello tan lleno de colores como las plumas de un urogallo. Sentada con gracia y donaire sobre un taburete arrancó del teclado de un clavecín varias sonatas de Bach con un gusto exquisito. Era toda ella un cúmulo de sutilezas capaz de enamorar al más plantado de los varones. Si en la cena ya se cruzaban nuestras miradas, cuando concluía una pieza, me buscaba la mujer entre los asistentes dibujándome una insinuante y agradable sonrisa con labios de fresa.

Comensales y tertulianos comenzaron a retirarse a sus hogares y este servidor hizo lo propio hacia la alcoba, no sin antes despedirme de todos, dar las gracias al dueño de la casa y besar la mano de Angelina.

La muchacha, con voz tímida y al tiempo sugestiva me preguntó acercándome la boca al oído:

-¿No le gustaría, don Gaspar, dar un paseo por el patio? ¡Hace una noche tan bella!

¡Qué caballero podría rechazar la oferta llegada de aquellos ojos risueños y felices!

-Será todo un placer para este servidor de Usted -le repuse ofreciéndole mi brazo.

Paseamos a lo largo y ancho del patio de armas y bajo los soportales, pero ante el reducido espacio, Angelina me propuso dar un paseo hasta la orilla del río.

Si quieren saber vuestas mercedes algún detalle más sobre lo que acontece a un hombre y una mujer a la luz de la luna, pregúntenselo esta noche a las estrellas; sobre todo a la pícara Antares que estaba situada en

la vertical celeste de la feliz pareja con unos ojos de pilluela que para qué les voy a contar. Regresamos de la mano y un ósculo casto fue la despedida aunque me hubiera quedado al paio entre las aguas marinas de sus ojos.

No he vuelto a verla hasta el día de hoy, pero al llegar de regreso a Gijón -y a la orilla del mar, que es el vivir- le escribí un poema que sobre papel perfumado le hice llegar a través de las postas:

*Qué fantasía etérea hay en tu alma
qué jazminero añil tiene tu cuerpo
cual túnica sagrada de una Virgen
bajo la luz de estrellas y silencios.*

*Eres mía mujer de rostro dulce
y en tu boca palpitan mis deseos
en esta noche perfumada de verano
y una canción de amor que mece el viento.*

*Luce Antares arriba en lo más alto,
tus labios de amapola son sendero,
nos llama ya la vida para amarnos
y nos acuna en este suave sueño.*

*Se quiebran las horas y viven sin aliento
porque brutales han sido al separarnos
alejando para siempre nuestras manos
aunque hambre tenga el amor y esté sediento. (16)*

A la mañana siguiente sin despedida alguna salvo a don Carlos de La Muria a quien agradecí la hospitalidad, nos pusimos en camino hacia La Plaza donde se levanta su afamada colegiata de San Pedro.

Me gustaría describilla tal y como hice con San Marcos de León en una epístola, mas para definirla es necesario cierto tacto fino y delicado para hilar esta preciosa joya con hilos de oro y seda porque todo el edificio es un poema romántico de piedra. Yo haría a vuestras mercedes su descripción somera como Dios me ayudare ponderando bastantemente su suntuosidad y veremos si atino.

Cuentan que hizose esta magna obra en el siglo XI y que fue edificada en tiempos varios y anexión armoniosa de cuerpos por grandes maestros del cincel. Majestuosa y digna, noble y singular reúne tal cúmulo de sutilezas que al contemplador produce una paz serena. Son dignos de particular mención y grande elogio los canecillos esculpidos en piedra donde se perfila la fauna del lugar; erguido campanario, claustros de umbría y de silencios donde anidan golondrinas en sus vigas, el palacio abacial y en el interior del templo se hizo el milagro cincelando el artista los más bellos capiteles: aquí un batracio, más allá un felino, al otro lado un caballo o el sol de nuestros padres celtas con algunos símbolos claros de lo que es el pecado. Adornadas están sus alegorías por hojas de acanto lanceoladas entre luces y sombras y la llama del cirio pascual ante el sagrario.

En el coro, las sillas de los canónigos, el sillón abacial y un humilde órgano de no muchas tubas, mas las suficientes para que puestas las manos de Angelina sobre el teclado se asemejaran las notas y voces a una coral celeste.

Frente a frente, como hermanas centenarias la madera y la piedra se miraban con cariño. El tejo -árbol sagrado de nuestros ancestros y patriarca de verdes barbas- abría su enramada como para cobijarla del sol del mediodía:

*La más antigua ermita
tiene en Teverga un tejo,
se sabe el siglo que labró la piedra,
mas no la mano que plantó el renuevo.(...)
Monje de largas barbas
y de piadosos credos,
con los brazos abiertos a las nubes
y en la sombra un rosario de luceros...(17)*

Refiéreme Celesta que un mal verano, dentro de muchos años y un día -cuando España arderá por todas partes, cual tea encendida, en una guerra de hermanos contra hermanos- gentes carentes de sentimientos y principios intentarán prender fuego al hermoso templo. Pero un oficial valiente y corajoso lo impedirá amedrentando a los incendiarios que pretendían llevar a tal fin tan grave sacrilegio.

Camino de Entrago y vuelta a pasar por delante de la mansión de De la Muria y Salcedo. Tal vez Angelina seguía durmiendo entre el fino lino

de las sábanas, mientras un angelote velaba por sus sueños. Desde la senda real se apreciaba el palacio de Valdecarzana y todas sus posesiones. Era un bello edificio, con torre cilíndrica del medioevo, estanque artificial y amplia arboleda con algunas secuoyas. Tres escudos campeaban y la yedra trataba por las piedras angulares de la mansión. Celesta me contaba, con lágrimas en los ojos que, muchos años y un día más tarde, una guerra civil y fratricida tendría lugar llena de odios, inquinas, venganzas populares, rencores y mucho dolor en las almas del prójimo. De los sótanos de aquella mansión saldrían algunas madrugadas, condenados a la última pena, hombres y mujeres camino de la muerte.

Desde Entrago empezaba a subir cuesta grande, no muy pendiente y a nuestros pasos se fueron abriendo los pueblos y aldeas de Prado, Gradura, Murias y Hedrada. Arriba amplio puerto de buenas praderas al que llamaban Marabio por donde pastaban recentales y vacas durante todo el verano. La senda se empinó para subir a las llanuras de La Tambaisna y desde el pico Caldobeiru poder “*respirar el aire de la mar*”. Ya sentía a Gijón al otro lado de aquellos montes y el deseo de volver a casa para poner en orden las muchas cosas que aprendí en un viaje inolvidable: hombres, mujeres, vocablos, piedras seculares, panoramas que siempre guardaré en la retina de mis ojos y como broche un amor tan inesperado como efímero y fugaz.

Con la caída de la tarde, se oyó entre las cabañas de Fuexo una balada de despedida con la que he querido poner un punto y aparte a lo que fue uno de los itinerarios más bellos de mi vida:

*¡Ay concechu de Teberga
cumu te llevu nel alma!
anque te llueñi de ti,
nunca enxamás t'olvidara.
Si a Babia quies trascantiar
xubes pul puertu Ventana,
sous montes ya suas val.linas
son las más guapas d'España. (18)*

DESPEDIDA

Y voy poniendo fin a esta crónica que ya en su principio dicho queda a vuestas mercedes que no es relato al uso y más por el contrario se trata de un viaje fabuloso. Poco espacio hubo para el dato concreto, el apunte preciso y cuidadoso y redacción con aliños retóricos. Empero la mirada tiene muchas lecturas y el corazón, a través de los ojos, recoge en libertad la más placentera y de forma notoria aquella que tiene alas para la fantasía. Lo que es hermoso y profundo solo con el corazón se ve. Lo que es la esencia, esa queda invisible a la mirada.

Guárdense mucho vuestas mercedes y sean generosas con sus semejantes, pues no haya más dicha el que más posee sino el que menos necesita. No olviden que somos supervivientes de la vida y que habremos de tener: dignidad, respeto, tolerancia, el arte de hacer felices a los pueblos y el don de la palabra para que las generaciones venideras encuentren y vivan en un mundo mejor y más justo.

Se aventuró Celesta en decirme que un día de verano y en esta ciudad que es la mía, alguien leería esta crónica, dos siglos y dos lustros después de mi viaje. Espero que el vaticinio de la anciana sea cumpla y así se dé a conocer las bellezas y grandezas de aquel itinerario.

Lo que no quiso o no supo decirme fue el nombre del lector. Mas para no quedarme completamente en blanco sí me apuntó que sería el hijo de un artesano -muy conocido en el concejo por sus finas labores con el ladrillo- al que conocían con el nombre de Celso, el albañil.

Quod scripsit scripsit. Muchas gracias
Gaspar Melchor de Jovellanos
Teberga-Gijón, verano de 1792-2012

NOTAS

- (1) Prólogo de *Cartas del viaje de Asturias*. G. M. de Jovellanos.
- (2) Poema de Alfonso Camín titulado “La Cueva de Fresnedo” del poemario *Calendario asturiano*. México, 1965.
- (3) Poema de Alfonso Camín. “Mar y playa” del poemario *Los poemas de Rosario*. Gijón, 1979
- (4) De la “Carta tercera” a Ponz (Viaje de León a Oviedo) de *Cartas del viaje de Asturias*.
- (5) Versos del poema “Penas que fonon rosas” del poeta tevergano Mino Fuenteseca (1910-1981). Ver *Sombra del camino* (Colección “Xana de Fonfría”. Vol-I) Celso Peyroux. 1990.
- (6) Todo parece apuntar que tras unos estudios y trabajos realizados esta pared, con fines militares, fue construida en el siglo VIII.
- (7) Tonada tevergana recogida en el libro *Las palabras que quedaron mudas*, de la colección “Xana de Fonfría”, volumen II, editado por Celso Peyroux. 1991. “Voy por el camino de Fonfría/ para ordeñar mis vacas/, se fueron entre la niebla/ por la Calzada Romana./ En la cumbre Peñanegra,/ voy a levantar una torre,/ con un lebrero que diga:/ Vivan Barrio, Cuña y Torce”.
- (8) Síntesis de un cuento que se recoge en el III volumen de la colección “Xana de Fonfría” titulado *La cuandía la mucher*. 1993.
- (9 y 10) De la “Carta Primera” que escribe Jovellanos a Ponz en su “Viaje de Madrid a León”.
- (11) –Pues que una le dice a la otra: ¡Te voy a llamar lo que nunca nadie te llamó. ¿El qué, pécora. Que me vas a llamar? ¡Honrada, más que honrada!
- (12) Allá va la última don Gaspar. El verano pasado asomó los cuernos *Nubeiru* por encima del Aguil bien cargado de agua. Estaba don Eladio en el prado de la Pandiel.la, con las faldas arremangadas hasta la cintura, recogiendo hierba con gente del pueblo. En aquel momento se da cuenta de la nube que les iba a caer encima y comenzó a dar voces: ¡Vamos, vamos! Los niños y los hombres con las horcas hasta la puerta. Las mujeres y yo a brazos dentro del pajar.
- (13) Emilio Álvarez-Prida, descendiente de aquel Prida que acompañó a Jovellanos, había nacido en Fresnedo de Teverga en el 1854. Abogado y emigrante en Cuba fue Diputado a Cortes por la provincia de Matanzas. Ver, Teverga, historia y vida de un concejo. Enciclopedia tevergana dirigida por Celso Peyroux. 1978.

- (14) José Álvarez-Prida Vega. Nació en Fresnedo de Teverga el 9 de agosto de 1901. Fue contertulio de varios poetas de la “Generación del veintisiete” y amigo personal de Gerardo Diego que le dedica un bello poema. Fue apresado por las fuerzas nacionalistas en agosto de 1936 y encarcelado en el Hospital de San Marcos de León junto a varias personas, entre ellas el escritor Victoriano Crémer. Fue ejecutado en la carretera de Zamora en octubre del mismo año. Ver, *Sombra del camino* (Colección “Xana de Fonfría” / Vol. I). Celso Peyroux. 1990.
- (15) Coplas compuestas por Juana Alvarez-Prida Vega. Natural de Fresnedo de Teverga fue profesora de matemáticas en el Instituto Ramiro Maéztu de Madrid; medalla al “Mérito en el trabajo” e “Hija Predilecta de Teverga”.
- (16) Poema inédito escrito por el autor para la ocasión.
- (17) Poema de Alfonso Camín que, bajo el título de “El tejo”, recoge Las palabras que quedaron mudas en el III vol. De la colección “Xana de Fonfría”. 1991, que dirige Celso Peyroux.
- (18) Tonada tevergana recogida en el libro *Las palabras que quedaron mudas*, de la colección “Xana de Fonfría”, volumen II, editado por Celso Peyroux. 1991. “¡Ay concejo de Teverga,/ cómo te llevo en el alma,/ aunque esté lejos de ti/ nunca jamás te olvidara./ Si a Babia quieres pasar,/ subes el puerto Ventana,/ sus montes y su vallinas,/ son las más guapas de España.”

VOCABULARIO

- Braña*. Majada. Pastos de alta montaña donde el ganado aprovecha hasta finales del verano.
- Brañeiro*. Persona que se ocupa de la *braña*.
- Busgosu*. Divinidad de la mitología asturiana. Mitad hombre, mitad carnero, es el protector de los bosques, fauna y flora.
- Cabanu*. Cabaña de una majada o *braña*. Por lo general sus techumbres “teitus” van cubiertas de piornos.
- Carriel.la*. especie de trineo para transportar estiércol.
- Cibiel.la*. Vara de avellano enroscada a modo de anilla. El fonema /l.l/ es el denominado “ch vaqueira” recogido dentro de las normativas de la Academia Asturiana de la Llingua. Ej.: *Al.li pa cul.lá n’aquel.la cancel.la, hay una xata atada cun una cibiel.la*

- Corro*. Pequeña cabaña circular construida en piedra con falsa bóveda. Sirve para albergar el ganado menudo.
- Cuendia* o *cuandia*. Paso angosto entre piedras.
- Ensuecho*. Satisfecho. Bien comido.
- Escudiel.la*. Escudilla. Plato de cerámica o madera
- Esparba*. Utensilio en madera a modo de horca. Sirve para esparcir los baraños de heno una vez segados.
- Forcada*. Utensilio del campo para el heno. Horca
- Gabitu*. Gancho de madera.
- Gadañu*. Guadaña
- Garabato*. Rastrillo construido en madera.
- Llarga*. Larga. Existe un dicho con suave sarcasmo: “*El día Nuestra Señora,/ por ser fiesta renombrada,/ baxai mozus de Teberga,/ esus de l’oreya llarga*”.
- Mucher*. Mujer.
- Nubeiru*. Divinidad de la mitología asturiana. Controla las tempestades y las lluvias.
- Oreya*. Oreja
- Pregancias*. Cadena terminada en gancho que cuelga de una viga del lar. Sirve para sujetar el pote puesto al fuego.
- Teitu*. Techumbre vegetal de un *cabanu*.
- Xana*. Diosa de la mitología asturiana. Vive al lado de las fuentes y de los ríos.
- Xunca*. Yunque clavado en tierra sobre el que se afina el dalle de una guadaña
- Zapiguera*. Alimoche. Familia de los buitres.



Villasecino de Babia



Peña Ubiña desde el Camino Real



Salto del Robezu



Torrestío de Babia



Braña de Fonfría



Cueva Huerta



Cueva Huerta: Sala de Venus



El Privilegio: Aldea de La Focella



Cascada de Lus Xiblus



San Salvador de Alesga: Parque de la Prehistoria



Carrea: Santuario de la Virgen del Cébrano



San Martín de Las Arenas. Al fondo Sobia



Colegiata de San Pedro. Románico del siglo XI. (Monumento nacional)



Colegiata de San Pedro (Nave Central)



Ménsula



Capitel



Salomé Celesta



Angelina



José de Leandro y Belarmo Campos



Tino Redral



Iglesia románica de Santa María de Villanueva (Monumento nacional)



Entrago: Palacio de Agüera



Senda del oso: Cicloturismo



Senda del oso: Senderismo



Marabio: Pico Caldobeiru



Panorámica de Teverga desde Santa Ana (Marabio)